

Urbánidad, educación e instrucción

El cultivo espiritual de un pueblo es, sin duda, la mayor, más noble y más digna empresa política que puede acometerse. Por eso es este el campo donde mejor se ejercita la constante emulación de los partidos políticos por mostrarse más capaces y merecedores de regir y gobernar la república. Pero también, ¡qué empresa más ardua y difícil y más expuesta a serios peligros y a estupendos fracasos! Todos nos damos cuenta de que, sin cultura, no hay progreso, ni bienestar, ni vida social ordenada, ni grandeza nacional. Pero, cuando se trata de crear y fomentar esa cultura y de imprimirle orientaciones prácticas, nos hallamos con que no es tan fácil ni hacedera una labor que debe tener tan múltiples y variadas finalidades: el enriquecimiento de la inteligencia, la educación de la voluntad, el control de los instintos, el desarrollo de la imaginación, en una palabra, el perfeccionamiento del hombre como ente racional.

Y, sobre todo, nos hallamos en presencia del eterno interrogante: ¿Quiénes son los que deben crear y fomentar esa cultura?... Se dice, para salir del paso, que el Estado. Sí, pero el Estado no es una entidad abstracta, superior a la colectividad social y desligada de ella. El Estado se compone de hombres y esos hombres, constituídos en gobierno, son los que toman a su cargo la educación pública. De la calidad de esos hombres depende la calidad de cultura que creen y fomenten. Las ideas, o la falta de ideas sociales, morales, políticas, filosóficas o científicas, de los que trazan las normas, dictan los reglamentos, nombran los maestros y profesores o regentan los institutos docentes, son cosa definitiva en la orientación y en los resultados de aquella cultura. Y esos

resultados, según la calidad de ellos, serán benéficos o desastrosos para la república.

De aquí lo delicado de esta labor cultural, que espíritus someros, genuinos diletantes de la pedagogía, miran, a veces, con notoria despreocupación. Las aberraciones y prejuicios de los que encausan y dirigen el movimiento cultural, han sido siempre funestas para los pueblos. Por no citar más que un ejemplo, basta pensar por un momento en los males incalculables que ha causado a algunos países el empeño suicida de ciertos gobernantes por suprimir el nombre de Dios en la enseñanza. Con esta deplorable iniciativa, que constituye, más que una falta, un descomunal error político, se le ha quitado a la sociedad la mayor fuerza espiritual de ponderación y de equilibrio, de freno a los instintos primitivos, de respeto al derecho, de fácil y armónica convivencia entre los hombres. Y, cuando se han palpado los estragos de aquella monstruosa eliminación, ya se le han causado a la república males irreparables, tan graves como la relajación de los vínculos de nacionalidad y el oscurecimiento y mengua de la idea patria, cosas ambas vinculadas estrechamente al sentimiento religioso, pues, como en otra ocasión se ha dicho, la patria es la religión en el tiempo, como la religión es la patria en la eternidad. Refiere un gran pensador francés que alguna vez un alto funcionario de la instrucción pública propuso, muy en serio, a una numerosa asamblea de institutores, que se buscara un seudónimo para volver a introducir el nombre de Dios en las escuelas, y agregaba que ese seudónimo de Dios debería ser transparente para los niños y oscuro para los ateos de la política francesa. Algunos propusieron llamar a Dios "el Ideal", otros, "el Más allá", algunos, "el Padre" y, al fin, la asamblea se disolvió sin haber llegado a un acuerdo. Y agrega el escritor francés: "que el *Ideal* o el *Más allá* nos preserve de semejante remedio. Es por la puerta principal por donde hay que hacer entrar de nuevo a Dios en las escuelas"...

Estos temas, relacionados con la educación y la instrucción públicas, tienen palpitante actualidad y vivo interés entre nosotros, desde que un grupo de hombres nuevos, llegados hace poco al poder, se muestran empeñados en llevar a

cabo una profunda revolución en casi todos los órdenes de la vida política y social del país, rompiendo viejos moldes, abrogando o modificando radicalmente antiguos estatutos, cambiando, en gran parte, nuestra estructura jurídica y, en general, haciendo una infinidad de cosas nuevas. Y como era natural en quienes no han dejado nada por tocar y retocar, con el criterio de que todo lo viejo es malo y lo nuevo excelente, la educación y la instrucción públicas tenían que ocupar lugar preferente en sus vistosos programas de renovación social. Los nuevos gestores de la cosa pública se han encontrado con que no hay escuelas ni maestros, universidades ni profesores, programas ni textos de enseñanza, o que lo poco que de todo eso existe es arcaico, deficiente e inadecuado para la realización del gran progreso moral, intelectual y material que apenas empieza.

Y a fe que me parece excelente ese espíritu de manifiesta inconformidad con lo poco que se ha logrado hacer en beneficio de la cultura y la difusión de las luces en nuestro país. En materia tan importante y trascendental, cualquier esfuerzo sensatamente progresista y renovador debe merecer el aplauso de todos. Los más vitales intereses de Colombia están vinculados a la labor educacionista e instructorista, inclusive la vida misma de nuestra nacionalidad. No puedo escapar a la tentación de copiar aquí estos conceptos de uno de los más geniales escritores latinos del siglo pasado: "Una nación sólo vive porque piensa. *Cogitat, ergo est*". La Fuerza y la Riqueza no bastan para probar que una nación vive una vida que merezca ser glorificada en la historia, como los recios músculos y el oro que llena una bolsa, no bastan para que un hombre honre en sí a la humanidad. Un reino de Africa, con guerreros innúmeros en sus campamentos e innúmeros diamantes en sus colinas, será siempre una tierra bravía y muerta que, para lucro de la civilización, los civilizados huellan y dividen tan tranquilamente como se sangra y se despedaza la res para alimentar al animal pensante. Y, por otra parte, si el Egipto o Túnez formasen resplandecientes centros de ciencias, de literatura y de artes, y, a través de una serena legión de hombres geniales, educasen incesantemente al mundo, ninguna nación, ni aún en esta

edad de hierro y de fuerza, osaría ocupar, como un campo infecundo y sin dueño, esos suelos angostos donde se elevase, para hacer mejores las almas, el enjambre sublime de las ideas y de las formas".

Deliberadamente he empleado los términos "educación" e "instrucción" como significativos de ideas distintas y, muy a menudo, contrarias. No sólo en el lenguaje corriente, sino en el que dictan las academias de la lengua, estos dos términos suelen emplearse como sinónimos, no obstante que, de ordinario, se da a la palabra "educación" un sentido más amplio y comprensivo, aunque con frecuencia erróneo. Así, oímos llamar hombre bien educado al que posee conocimientos en determinadas disciplinas científicas, aunque, en su carácter y costumbres, sea completamente indisciplinado. Pero, en su sentido natural y obvio, la instrucción se refiere a la adquisición de conocimientos, a la cultura o desarrollo del espíritu, y la educación, a la formación del carácter, de la voluntad y las costumbres. Por lo demás, cada uno les da a estas palabras el significado que más cuadra a su criterio y aspiraciones. Muchas madres, a veces excelentes matronas, creen que su hijo es un "hombre bien educado" cuando ha aprendido a hacerse de manera impecable el lazo de la corbata, a saludar con refinada cortesía y a lucir en los salones por su elegancia y desembarazo, aunque el pobre muchacho no sepa ortografía ni aritmética y sea un egoísta redomado y un carácter detestable; y juzgan que su hija es "bien educada" cuando ha adquirido en los pensionados aristocráticos la consabida dosis de piano, dibujo y costura artística y los conocimientos necesarios para "captar el paisaje" matrimonial, aunque sus condiciones de carácter vayan a hacer de ella una compañera insufrible.

Entre nosotros se efectuó un cambio muy importante en el empleo de estas palabras desde 1923. Hasta entonces, siguiendo la terminología latina, habíamos hablado de "instrucción pública": ministerio de instrucción pública, ramo de instrucción pública. En aquél año, empezamos a decir: ministerio de educación nacional, ramo de educación. Y, cosa curiosa, la innovación no se decretó, como parece natural, por iniciativa de una misión pedagógica, sino de una

misión financiera, al proponer la nomenclatura de los ministerios ejecutivos. Era una misión anglosajona y, en esa lengua, no se dice: "public instruction", sino "public education". Así, quedó consagrado el cambio en las palabras sin que hubiera mediado propósito alguno de efectuar el mismo cambio en las orientaciones de la enseñanza, dándole preferencia a la educación sobre la instrucción y, si ello se pensó, no pasó de ser uno de tantos buenos deseos que jamás se realizan.

Ahora ha entrado en escena otra palabra, medio olvidada en el campo de la cultura, la palabra: "urbanidad". En reciente circular, el ministro de educación nacional se queja de la falta de urbanidad en nuestro pueblo y del abandono en que se halla la enseñanza de tan importante materia en las escuelas y colegios de la república. Excelente iniciativa la del señor ministro, siempre que a ella se le dé toda la extensión que el término "urbanidad" comporta. Si por tal se entiende solamente la cortesanía en el lenguaje, el comedimiento y buen modo en el trato social, bien puede decirse que lo que aquí falta no es urbanidad, sino educación. Pero, si la urbanidad, la verdadera urbanidad, significa, ante todo, como rezaban las antiguas y abandonadas cartillas, "sacrificar nuestra comodidad a la de los demás", entonces ella contiene la raíz y el principio de la verdadera educación, que lleva envuelta una idea eminentemente social de sacrificio, de desprendimiento y de abnegación. Y, entonces, esa es la urbanidad que nos hace falta, y el ministro le prestará al país un servicio incalculable si persevera en su propósito de que a la enseñanza de esa urbanidad se le dedique el mayor esfuerzo y el mayor tiempo posibles por quienes están formando las nuevas generaciones.

Educar al niño es formarlo para vivir en sociedad; instruirlo es armarlo de conocimientos para que se abra paso en la vida. La educación supone cooperación y desprendimiento; la instrucción implica lucha y pugna de intereses y aspiraciones. Se educa al niño para que colabore con sus semejantes en la formación de una sociedad y de una patria; se le instruye para que compita victoriosamente con sus conciudadanos en la lucha por la vida. Al instruir al niño, se le

dice: "Sé tú el primero en el éxito"; al educarlo, se le grita: "Sé tú el primero en el sacrificio".

Para crear una cultura y labrar la grandeza de un pueblo y de una raza, es, sin duda, necesario dotar los espíritus del mayor caudal posible de conocimientos en el campo de las ciencias, las artes, la filosofía y la literatura. Pero con esos elementos se puede fomentar la decadencia y labrar la ruina de ese pueblo y de esa raza, si no se procura, al mismo tiempo, tesonería y valerosamente, por medio de una educación bien dirigida, formar el carácter, templar la voluntad y hacer ciudadanos y patriotas, despertando en los hombres los sentimientos altruistas y el espíritu de solidaridad social. El individualismo exagerado, que casi siempre no es otra cosa que refinado egoísmo, es, sin duda, una de las grandes dolencias de que padecen pueblos, sin excluir el nuestro. Y ese sentimiento es enemigo de todo progreso. Cuando cada uno sólo piensa en su yo y no se preocupa sino por hacerse su vida y fomentar sus propios intereses, la grande obra colectiva de formar una patria y prepararle mejores destinos, se hace imposible.

Nos debemos a la sociedad en que hemos nacido, a la sociedad de los vivos y los muertos, a las generaciones presentes y futuras, y a las generaciones que fueron. Nos debemos a la sociedad en que vivimos, porque de ella hemos recibido cuanto somos y cuanto hemos podido realizar en la vida, nuestro desarrollo, y nuestro mejoramiento moral y material, el bienestar de que disfrutamos, el nombre que hemos alcanzado y la oportunidad de perpetuarnos en los que nos sucedan. A esa sociedad le debemos, cada uno dentro de su esfera, el concurso de nuestra cooperación, grande o pequeña, modesta o brillante, para formar una nacionalidad y constituir una patria que sea el resultado de esfuerzos solidarios y de comunes sacrificios. "La sociedad humana, dijo Lamennais, está fundada sobre la donación mutua o el sacrificio del hombre al hombre, o de cada hombre hacia todos los hombres, y el desprendimiento es la esencia de toda verdadera sociedad". Nos debemos a las generaciones por venir, para prepararles una patria amable, para mostrarles el recto camino de la vida, y para defender

las de incurrir en nuestras culpas, en nuestros errores y en nuestros desfallecimientos. Y; por último, nos debemos a los que nos precedieron en la jornada, a los que afrontaron el trópico inclemente, domaron la selva, cavaron y regaron el surco, fundaron nuestra cultura, nos dieron libertad e independencia y modelaron en estatutos y códigos legales la fisonomía inconfundible de nuestra democracia. Los diletantes de última hora que miran con desdén la tradición y con sarcasmo la obra de nuestros mayores, mutilan criminalmente la patria. "A todos aquellos, dijo un gran pensador, que nos han precedido, que nos han hecho lo que somos, cuya sangre corre por nuestras venas, les debemos el piadoso homenaje de nuestro reconocimiento... y de nuestra modestia. Oh, muertos ilustres, muertos venerados, muertos amados, que reposáis de las agitaciones de la vida en la paz de la gloria o en la calma profunda de la nada, nosotros no os olvidaremos! Ni a vosotros, muertos más oscuros y a veces más queridos, cuya labor menos brillante no ha sido menos útil, puesto que, de edad en edad, habéis renovado la continuidad de la familia y de la patria! Nosotros respetaremos en vosotros la memoria del pasado; no nos crearemos los únicos hombres; no nos burlaremos imprudentemente de vuestros prejuicios; no crearemos que la originalidad consiste en apartarse de la tradición sino en inspirarse en ella; no dilapidaremos el patrimonio que de vosotros hemos recibido, y viviendo con vuestro recuerdo y repasando vuestra larga historia, pensaremos a qué precio habéis pagado todo cuanto hace el honor, la gloria y el orgullo de nuestra civilización!"

Esta gran comunidad de los vivos y los muertos constituye la esencia espiritual de la patria. Formar hombres que sirvan a los altos fines de esa comunidad, desarrollando en ellos las grandes virtudes cívicas de antaño, el espíritu de solidaridad y cooperación y el control de los bajos instintos, proscribiendo los egoísmos individuales y de clase, a tiempo que se ilustra al individuo para servirse a sí mismo sirviendo a la sociedad, he aquí la meta que debe perseguir toda educación que merezca ese nombre.

Mas, si es fácil reducir el problema educacionista a esta fórmula general, cuando se trata de hallarle soluciones prácticas, las dificultades y los escollos surgen por todas partes. Entran aquí en juego las encontradas tendencias de las distintas escuelas pedagógicas, las ideas políticas y sociales de los que dirigen el movimiento cultural, los prejuicios y aberraciones de las altas clases sociales y, sobre todo, la falta de educación de los llamados a educar. Y, como esa educación no la da solamente la escuela, sino que tiene su asiento principal en el hogar, surge también el arduo problema de la educación de las mujeres, que, como madres y nodrizas, han de nutrir a sus hijos con su sangre y con su espíritu, educación que no puede ser la misma que reciben los varones.

Tan delicados problemas, cuya enorme trascendencia para el porvenir de una nación debe impresionar fuertemente a todo espíritu medianamente cultivado, no pueden ser estudiados y resueltos con criterio de escuela, de secta o de partido. La educación nacional no puede ser una cuestión de partido político. Por el contrario, todos tenemos, no sólo el derecho, sino el deber de interesarnos por saber qué se enseña, cómo se enseña y quiénes enseñan. El gobierno, según la tesis generalmente aceptada, dirige y encauza la educación nacional suministrándola él mismo en las escuelas oficiales y ejerciendo cierto control sobre los institutos privados. Pero sería un grave error el que para ejercer esa dirección suprema, el gobierno se privara del concurso y de las luces de ciudadanos que, si pueden discrepar con él en cuestiones de política militante, deben estar identificados con los altos funcionarios públicos en todo cuanto tienda al engrandecimiento de la patria.

ESTEBAN JARAMILLO
Consiliario del Colegio Mayor de
Nuestra Señora del Rosario.